

*Nuevas maquinaciones de Leontio, Megaleas, Ptolomeo y Apeles. Escarmiento de estos traidores.*

Para entonces, Leontio, Megaleas y Ptolomeo, persuadidos aún que amedrentarían a Filipo y de este modo ocultarían sus anteriores delitos, difundieron la voz entre los rodeleros y las guardias macedonias, de que ellos se exponían a los peligros por la salud común, y con todo no se les guardaba justicia ni se les entregaba en el botín apresado la parte que tenían de costumbre. Estos discursos inflamaron la juventud, y dividida en bandos emprendió saquear las habitaciones de los cortesanos más distinguidos, forzar las puertas del palacio del rey y quebrar las tejas. Este accidente puso en conmoción y alboroto la ciudad, y Filipo advertido vino de Lequeo con diligencia. Reúne los macedonios en el teatro, y ya con dulzura, ya con amenazas, les reprende el hecho. En medio del motín y confusión, unos eran de parecer que se echase mano y castigase a los autores, otros que se sosegase la sedición y no se tomase en cuenta lo pasado. El rey, que estaba bien enterado de las cabezas del alboroto, disimulando por entonces, afectó estar satisfecho y se retiró a Lequeo, después de haber exhortado a todos a la unión. Sosegado este tumulto, ya hubo sus dificultades en los negocios de la Fócide, cuyo logro se tenía por seguro.

Leontio, destituido de recurso por habérsele malogrado todos sus propósitos, acudió a Apeles. Le envió frecuentes cartas para hacerle venir de Calcis, y le dio cuenta de las penas y trabajos que se le habían seguido de la desavenencia con el rey. Apeles, durante su estancia en Calcis, había usado del poder a su antojo. Había dado a entender que el rey, joven aún, estaba sujeto en lo más a su arbitrio, que no era dueño de hacer nada, que el manejo de los negocios y la disposición de todo corrían por su mano, que los magistrados e intendentes de Macedonia y Tesalia le daban a él cuentas, y que las ciudades de Grecia, bien fuese en la formación de decretos, bien en la dispensa de honores, bien en la distribución de premios, contaban poco con la persona del rey, y sólo él era árbitro y autor de todo. Hacía tiempo que Filipo, informado de estos excesos, se lamentaba y sufría con impaciencia semejante conducta; y aunque Arato, que estaba a su lado, le instaba con maña a que pusiese remedio, él no obstante se contenía y ocultaba a todos su intención y modo de pensar. Apeles, que lejos de saber lo que contra él se maquinaba, se hallaba persuadido de que sólo con ponerse en presencia del rey lo manejaría todo a su arbitrio, partió de Calcis a socorrer a Leontio. A su llegada a Corinto, Leontio, Ptolomeo y Megaleas, comandantes de los rodeleros y otros cuerpos del ejército los más distinguidos, hicieron grandes esfuerzos para empeñar la juventud a que saliese a recibirle. Efectivamente, entró en la ciudad a manera de un general, por medio de la multitud de oficiales y soldados que salieron al encuentro, y marchó sin detenerse a palacio. Quiso entrar al cuarto del rey, se-

gún tenía por costumbre; pero le contuvo un lictor que ya se hallaba prevenido, diciendo que no era hora de hablarle. Apeles extrañó la novedad, quedó suspenso por mucho tiempo y al fin se retiró confuso. Todo aquel lucido acompañamiento desapareció al punto, de suerte que entró en su casa acompañado sólo de su familia. De este modo el hombre pasa en un instante desde la elevación al abatimiento; pero donde esto se ve con más frecuencia es en los palacios de los reyes. Ciertamente los cortesanos se asemejan a los cálculos en las mesas de los aritméticos, que reciben ya el ínfimo, ya el sumo valor, a gusto del que calcula. De igual modo los palaciegos, según la voluntad del rey, son felices o miserables en un momento. Megaleas, viendo frustrado el auxilio de Apeles contra lo que esperaba, lleno de turbación pensó ausentarse. Apeles continuó disfrutando de la conversación del rey, consejo y del número de los que ordinariamente frecuentaban su mesa. Sin embargo, pocos días después, teniendo el rey que pasar de Lequeo a la Fócide a ciertos asuntos, se lo llevó consigo; pero no saliéndole las cosas como pensaba, se volvió atrás desde Elatea.

Entonces fue cuando Megaleas se retiró a Atenas, abandonando a Leontio que había salido por su fiador en los veinte talentos; pero mal admitido por los magistrados de esta ciudad, tuvo que volver de nuevo a Tebas. El rey se hizo a la vela de Cirra, y fondeó con sus guardias en el puerto de Sición. De aquí pasó a la ciudad, donde sus magistrados le ofrecieron alojamiento; pero él no aceptó sino el de Arato, con quien trataba de continuo, y ordenó a Apeles marcharse para Corinto. Habiendo sabido después la fuga de Megaleas, despachó a Trifilia, bajo las órdenes de Taurión, a los rodeleros, en quienes mandaba antes Leontio, aparentando que necesitaba allí de su servicio. No bien habían partido estas tropas, cuando mandó prender a Leontio por el pago de la fianza. Los rodeleros, informados de lo que sucedía por un mensajero que éste les destacó, despacharon al rey diputados, con el ruego de que, si la prisión de Leontio era por algún nuevo crimen, no pasase a la sentencia sin estar ellos presentes; de lo contrario, lo reputarían por un gran desprecio y notable injuria (tal era la libertad con que los macedonios hablaban siempre a sus reyes); pero que si era por la fianza que había hecho por Megaleas, ellos satisfacerían la deuda repartiéndola entre todos. Este afecto de los rodeleros no hizo sino avivar la cólera del rey y acelerar la muerte de Leontio antes de lo que tenía pensado.

A la sazón volvieron de la Etolia los embajadores de Rodas y Quíos con la noticia de haber alcanzado una tregua por treinta días y quedar dispuestos los etolios para un ajuste. Habían también señalado día fijo para el cual suplicaban al rey se encontrase en Rion, asegurándole que los etolios harían cuanto estuviese de su parte por efectuar el convenio. Filippo aceptó la tregua, y escribió a los aliados previéndoles enviasen a Patras sus diputados para tratar de la paz con los etolios. Él se hizo a la vela de Lequeo, y arribó allá al segundo día. Para entonces recibió unas cartas de la Fócide, que Megaleas enviaba a los etolios, en las que les exhortaba a proseguir la guerra con tesón, pues Filippo se hallaba en el último extremo por falta de municiones; y añadía a esto varias acriminaciones y burlas, que manifestaban su rencor contra este príncipe. Leídas estas cartas, el rey conoció que Apeles era el motor de todos estos disturbios, y al punto mandó llevar preso a Corinto con buena escolta a él, a su hijo y a un joven a quien amaba. Destacó después a Alejandro para Tebas, con orden de perseguir en juicio a Megaleas por la fianza ante los magistrados. Alejandro cumplió tan exactamente su comisión, que Megaleas, sin esperar a la decisión, se dio la muerte. Por estos mismos días murió

también Apeles, su hijo y el querido joven. Así terminaron estos traidores, fin proporcionado a sus delitos y principalmente a la insolencia con que habían tratado a Arato.